

¡AY, EUROPA!

Jürgen Habermas. Madrid: Trotta, 2009, 188 pp.

ROSENDO LÓPEZ GONZÁLEZ¹

*La interpretación es algo que siempre está en
marcha,
que no concluye nunca.*

Gadamer (1981)

[Inicia cita texto] Estos desarrollos históricos no pueden ser ignorados en la elaboración de una teoría; por consiguiente, no sirve de mucha ayuda atenerse a las figuras conceptuales del siglo XVIII, que tenían la vista fija en el Estado. [Fin cita texto]

En el texto *¡Ay, Europa!*, escrito y prologado por Jürgen Habermas, circulan una serie de ensayos organizados en tres capítulos. El primero relaciona los perfiles filosóficos y políticos de Richard Rorty, Jacques Derrida y Ronald Dworkin. El segundo, que constituye la parte central del libro, trata la actual coyuntura que están viviendo los europeos a propósito de la entrada a la Unión Europea de algunos países de Europa del Este. Por último, Habermas explica algunos aspectos relacionados con la esfera pública.

Se asume una compatibilidad entre el planteamiento kantiano de reforzamiento moral de la sociedad y el enfoque de Habermas, en la búsqueda de una constitución europea que inserte lo mejor de lo construido por los países de la Unión Europea, pero que a la vez desarrolló unas instituciones democráticas y que el progreso tecnológico, científico y económico, en general, sea armónico entre todos los países. Lo anterior es la médula de la nueva teoría del Estado que se avizora en la época de la globalización. Al respecto, en el texto comentado, Habermas afirma:

Entre los temas sorprendentes del texto se encuentran las elaboraciones del maestro Habermas acerca del papel de los intelectuales en la construcción de una nueva teoría sobre los antiguos Estados nacionales, ahora, en la época de la globalización. En estos aspectos se centra esta reseña. Así las cosas, en *¡Ay, Europa!*, Habermas, profesor universitario y representante de la segunda generación de filósofos de la escuela de Fráncfort, aborda desde la filosofía política, entre otros temas, el futuro de lo que él llama la sociedad postsecular, es decir, la sociedad europea. Su reflexión pone en primer plano el papel del intelectual y la cuestión de Europa; en este sentido, hace un recuento de los que él llama “intelectuales de partido”. Para Habermas estos intelectuales, sobre todo los de izquierda, pertenecen a un ambiente que ya pasó a la historia. De acuerdo con el filósofo alemán, estas concepciones perdieron vigencia después de la segunda guerra mundial. Así, la sociedad de clases quedó atenuada en un Estado social, donde lo que existe es una sociedad de ciudadanos.

¹ Ingeniero químico. MSc. En docencia de Química. Docente Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo: rlopezg@udistrital.edu.co

El autor de esta reseña se aleja de la generalización de este enfoque, y lo interpreta y circunscribe dentro del continente europeo. Si miramos otros continentes, incluido Latinoamérica, en la locución de Habermas, parafraseando a Foucault, las palabras están muy alejadas de las cosas. En América Latina, el ejercicio de los intelectuales, con el fin de construir teorías, hipótesis y reflexiones, es mal visto por las élites que ostentan el poder político de forma excluyente. A propósito, Octavio Paz, en su conversación con Claude Fell recogida en la entrevista titulada *Vuelta a El laberinto de la soledad*, nos explica cómo las ideas nacidas en Europa cambian de sentido al cruzar el mar. Refiriéndose a la filosofía positivista de Comte, Paz afirma: “Al cruzar el mar el positivismo cambio de naturaleza”.

En el texto comentado, Habermas se refiere a los prototipos de intelectuales comprometidos que aparecen a partir de 1945: Camus, Sartre, Adorno, Marcuse, entre otros, que toman partido en la sociedad pero sin ningún partido. Su aporte sería, entonces, hacer uso “público de su saber profesional, más allá de lo que sería el ámbito estricto de su profesión”. El autor deja bien claro que en este obrar no median mandatos de ninguna naturaleza; lo que haga el intelectual es voluntario. Es menester precisar que estas formulaciones teóricas de Habermas son elucubradas en el contexto de lo que él llama un Estado democrático. Es importante, entonces, señalar que la matriz de Estado democrático en América Latina significa todo, pero a la larga no significa nada. Así, para la Organización de los Estados Americanos (OEA) el criterio de Estado democrático está asociado con la realización de las llamadas elecciones libres.

De otra parte, el planteamiento que hace Habermas de una sociedad postsecular es muy divertido. Según los teóricos de la modernidad, el progreso tecno-científico llevaría a la humanidad, definitivamente, a una ruptura con las explica-

ciones míticas y religiosas del mundo. Muchos aspectos de esta afirmación no tienen sentido, pues el proceso de secularización consiste en que:

- El individuo adquiere una conciencia científicamente ilustrada, en contraposición con visiones de mundo teocéntricas o metafísicas.
- Las iglesias y las comunidades de creyentes pierden el influjo que antes tenían en los ámbitos del derecho, la política, la beneficencia pública, la cultura, la educación y la ciencia.
- Si tenemos en cuenta estos factores y miramos, por ejemplo, la sociedad de los Estados Unidos, se podría compartir con Habermas que este país es una excepción dentro de los procesos de secularización.

Lo central en una sociedad postsecular, según el autor, es el llamado pluralismo de las formas de vida y corresponde a la pregunta que se hacen los europeos todos los días: ¿Cómo convivir con tantos inmigrantes islámicos? Una respuesta a este interrogante nos lleva a observar un estancamiento de los procesos de secularización, si tenemos en cuenta que en estas comunidades hay un fuerte afianzamiento de las religiones. De otra parte, las discusiones en torno a la legalización del aborto o a la eutanasia, que marcan nuevas tendencias en un estado laico y secular, son muy difíciles de asimilar por los inmigrantes poscoloniales. Habermas concluye que: “No se puede integrar a los inmigrantes musulmanes en una sociedad occidental en contra de su religión, sino solamente con esta”. En consecuencia, la sociedad postsecular, como está planteada, no se alcanza a percibir en su integralidad en los estados europeos con inmigrantes, y menos aún si estos son musulmanes.

Otra de las preocupaciones de Habermas en *¡Ay, Europa!* es lo atinente a los mecanismos consti-

tucionales que otorgan el estatus de ciudadanos europeos a todos los habitantes del Viejo Continente. Su preocupación se hace aún más evidente con respecto a la entrada a la Unión Europea de los países del Este. Es importante anotar que la llamada unidad europea se ha efectuado por la vía pragmática a través del mercado, o de lo que eufemísticamente suele llamarse “espacio económico comunitario”. Y en este espacio la llamada Estrategia de Lisboa aún no se vislumbra, pues esta consiste en dar a la Unión Europea:

- Una economía basada en el conocimiento.
- Más competitividad y dinámica, de modo que sea capaz de mantener un crecimiento sostenido.
- Una mejor calidad de empleo y cohesión social.

Ahora bien, con las crisis de Grecia, España y los asomos en Portugal, la Estrategia de Lisboa tiene muchas tareas pendientes. Seguramente el maestro Habermas, en la construcción de su nueva teoría sobre los Estados supranacionales y la Unión Europea constitucionalizada, dará lugar a polémicas importantes.